

La Enseñanza.



REDACCION.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO II. }

MÉXICO, FEBRERO 1º DE 1872.

{ NUM. 12.

CUENTOS DE MI ABUELO.

LOS DOS RELOJES.

M. de Saint Alban, rico hacendado, tenia dos hijas, cuyos gustos no se parecian mas que las facciones de sus rostros. Clarisa, la mayor, tenia talla graciosa y bonita cara; pero echaba á perder estos felices dones de la naturaleza con continuas gazmofierias, ridículas manías, y particularmente con una dejadez insoportable, y la mas loca prodigalidad. Amalia por el contrario, que tenia un año menos, ocultaba bajo la mayor modestia tanta prudencia y discernimiento, que mas de una vez le habian proporcionado una extrema superioridad sobre su hermana. Lucir, y llamar la atencion: tal era la divisa de la una: observar, y aprovecharse de todo, formaban el gozo único de la otra.

Se llegaba ya á la renovacion del año, á aquella temporada tan querida de la juventud, en que regalos de toda especie sirven de premio al trabajo y buena conducta, pero con frecuencia son efecto pernicioso tambien de un carifio loco ó de una vana ostentacion.

M. de Saint Alban, cuyo vivo y minucioso genio no iba en zaga á su bondadoso corazon, fué con sus dos hijas á una de las primeras relojerías de Paris, y les dijo á cada una escogiese un reloj para sí. Clarisa, echando la vista sobre los mas lucidos, fijó su atencion en uno pequeñito, cuyo cerquillo de diamantes la habia deslumbrado; y sin asegurarse de la bondad de este relojito, ni atender á las advertencias que sobre ello se le hicieron, persistió en su eleccion, y trabó al punto el frágil dije con una cadenilla de oro que ella traia al cuello.

Amalia, por el contrario, no veia en la oferta de su padre, mas que el beneficio de saber puntualmente la hora en que estaba habituado á hacer tal ó cual cosa, de evitar para siempre por este medio el hacerle esperar ni un solo instante, y contemplar su impaciencia, que era suma. Cifóse pues á rogar al relojero que le diese un reloj sencillo, pero que anduviese bien. El mercader sirvió á la doncella á pedir de boca, y le dió un reloj, cuyo adorno todo consistia en la seguridad de su mecanismo. Amalia le prendió igualmente á una cadena de pelo de su padre, que llevaba siempre consigo. De allí á unos dias estuvieron esperando á Clarisa para el desayuno, que tomaba á las diez en punto; fué menester ir á llamarla á su cuarto; y como al presentarse la re-

conviniere su padre, respondió con su acostumbrada dejadez: «Es que va atrasado mi reloj.»

De allí á poco tiempo, habiendo de dar un convite M. de Saint Alban á varios amigos suyos, algunos de los cuales ejercian funciones importantes que los obligaban á concurrir con puntualidad á una determinada hora, recomendó á ambas hijas que se aseasen, de manera que se presentasen en el estrado á las cuatro en punto. Amalia, cuyo reloj era puntual, se presentó en el salon antes de la hora indicada, y recibió con su acostumbrada gracia á los amigos de su padre, que acudieron fielmente á la hora de la cita. Ya habian dado las cuatro, y Clarisa no se presentaba todavía; M. de Saint Alban sorprendido, y de una petulancia que él mismo no podia refrenar, sube al cuarto de su hija, y la halla ocupada en su piano, toda desaliniada, y sin pensar de ningun modo en disponerse para la comida. «Qué! hija, le dice el padre, ¿estás todavía en traje de casa y sin asearte?—¡Oh! padre, respondió desmadedadamente, tengo tiempo de sobra, no son aún las tres, —Son las cuatro dadas, respondió con viveza M. de Saint Alban, y vamos á ponernos á la mesa.» Dichas estas palabras, se salió atropelladamente el padre, y dejó á Clarisa, que no daba mas respuestas que repetir: *Es que va atrasado mi reloj.* En esto

se viste de prisa; pero como la presuncion era uno de sus defectos habituales, no se presentó en la comida mas que en el momento de sacar los postres, repitiendo á cuantos le manifestaban el pesar de no poseerla mas que tan breve rato: «Perdónenme ustedes señores, *es que va atrasado mi reloj.*»

M. de Saint Alban, cuyo ardiente genio no podia avenirse con esta indolencia, y mucho menos con aquel aire de necesidad que la acompañaba, se propuso dar fuertes lecciones á Clarisa y provocarla tanto en su amor propio como en su sensibilidad á un mismo tiempo

Junto al real sitio de San Cloud, tenia una casa de campo, tan lucida como ricamente alhajada. Todos los domingos servia de punto de reunion á una concurrencia numerosa y escogida. Muchos sugetos, á quienes sus quehaceres no llamaban hácia Paris en la mañana del lunes, se quedaban á dormir allí, y era costumbre que en el siguiente dia fuesen á desayunarse en un cortijo, que se hallaba inmediato al lugar de Ville d'Avray, cuyo sitio ofrece un aspecto y variedad asombrosos, y que particularmente está hermosado con sotos espaciosos y abiertos artificialmente. M. de Saint Alban, que llevaba su plan en la cabeza, previno por la noche á cuantas personas habian de ser de este paseo, que á fin de evitar el calor, se partiria á las ocho en punto. Recomendó á los criados, y con especialidad á Amalia, que dejasen obrar á Clarisa por sí sola, y se contentó con repetirle á esta al irse á acostar: «Sobre todo, hija mia, disponte para partir con todos; no olvides que es á las ocho en punto, y que no espero jamas.» Clarisa, que se prometia lucir en el siguiente dia con una vistosa compostura propia de la mañana, arregló su reloj con el mayor cuidado por el de sobremesa del salon, y se recogió con toda seguridad en su cuarto. Pero la bonita alhaja, descompuesta en su movimiento por la habitual negligencia de que la jóven indolente usaba para arreglarla, se atrasó en aquella noche mas todavía que de costumbre. En el momento de despertarse Clarisa, no señalaba el pérfido reloj mas que las seis, cuando eran ya las ocho muy dadas. Volvió, pues, á quedarse dormida muy sosegadamente, y no se despertó hasta el momento en que era cerca de las ocho en su reloj. Echase fuera de la cama, se viste con prontitud, y baja á la sala de recibimiento; pero cuál fué su asombro al saber que iban á dar las diez, y que toda la gente habia partido mucho tiempo habia ya! Gime, llora, maldice mil veces del primoroso reloj, y manda á los criados que aunque sea á pié la conduzcan al cortijo de Ville d'Avray, donde estaban reunidas las gentes del paseo; pero se habian dado órdenes para lo contrario, y fué necesario que la doncella se resolviese á esperar, y verse privada de tan deliciosa viajata.

Ultimamente, volvió M. de Saint Alban á casa de las cuatro de la tarde, acompañado de todos sus amigos y de Amalia, en el rostro de la cual se dejaba ver un gozo muy notable, lo cual anunciaba que le habia ocurrido algun suceso agradable. «¡Oh! hermana mia, le dijo Amalia al acercársele, cuánto has perdido en no ser de la caminata! nunca haré otra mas deleitosa, ni mas dichosa sobre todo....» En esto le contó que paseándose con su padre en el soto de Ville d'Avray, habian descubierto á lo lejos una cacería de muchos príncipes, á que asistia una gran parte de la corte, lo cual llenaba todas las inmediaciones de clarinadas las mas divertidas y corridas las mas curiosas; que llevados de la curiosidad de ver de cerca la batida, atravesaron por un monte bajo, y descubrieron en medio de un gran salon formado por el verde campo, á una dama vestida de amazona, á quien su caballo acababa de echar fuera de la silla, y que al parecer habia perdido el sentido. «Volamos á ella, añadió Amalia; la tomo en mis brazos, levanto su hechicera cabeza, doy calor en mi seno á sus yertas manos, bien pronto vuelve en sí, abre los ojos mas peregrinos que pueden verse, y para mostrar su gratitud por los socorros que con tanta complacencia yo le habia prestado, desata de su cuello esta cadena de oro, de que está pendiente este retrato cercado de brillantes, y me dice: «No olvide vd. siempre que mire esta imágen del

jefe del estado, que ha socorrido á una persona de su familia.....» Apenas habia proferido estas palabras, cuando infinitos oficiales y señores llegaron, y rodearon á la princesa, que absolutamente quiso saber mi nombre, el de mi padre, y sitio fijo de nuestra casa de campo, y nos dijo alentrarse en el coche: «Amable y generosa Amalia, iré mañana á darle á vd. gracias por los socorros diligentes con que me ha colmado, y que no saldrán jamas de mi memoria.»

Esta narracion acabó de apesadumbrar á Clarisa, quien desde aquel mismo instante abandonó su lucido reloj, jurando que no volveria á llevarlo ya en su vida. Pero su pesar y despecho fueron mayores todavía, cuando al siguiente dia se presentó en efecto la princesa, acompañada de muchas damas de su servidumbre, y renovó á Amalia las honoríficas demostraciones de su gratitud. Díjole que queria recibirla en el palacio suyo de Paris, y que no creeria haberla remunerado competentemente, hasta tener la dicha de casarla con algun sugeto de su servidumbre.

Al oír Clarisa estas palabras, conocia que se duplicaban sus pesares, y repetia muy quedito: «¡por qué se habrá atrasado así mi reloj!.....» La prince-

sa, que advirtió la turbacion de Clarisa, preguntó quién era. «Es hermana mia, repuso Amalia, que tengo la honra de presentar á V. A.—Parece, añadió la princesa, que esta señorita no es aficionada al paseo?—Perdóneme V. A. señora, replicó M. de Saint Alban mirando con risa irónica á su hija; es que va atrasado su reloj.....» La princesa rogó que le aclarasen este enigma, celebró el desasosiego de Clarisa, la brindó á que cambiase el bonito reloj, que la habian vendido tan cruelmente, por otro mas sencillo, pero mas puntual, y le dijo con una insinuante bondad: «Doy mañana un desayuno á su preciosa hermana de vd. en el sitio mismo en que me asistió con tanta solicitud; me tomo la libertad de creer que vd. tendrá á bien acompañarla; y para que *su reloj no se atrase todavía*, ruego que la amable Amalia dé á vd. el suyo, y acepte en cambio el que llevo á mi cuello, que no varia nunca ni un minuto.» Al dar á Amalia la princesa este último testimonio de su munificencia, tomó el coche, y dejó convencida á Clarisa, de que á menudo los momentos que la pereza nos roba, hubieran sido los mas dichosos de nuestra vida, y que la dejadez y gazmoñería no pueden producir jamas sino privaciones y pesares.

VIAJE Y DESCUBRIMIENTOS DE LA SEÑORITA ELENA, Y DE SU PRIMO EL CABALLERO FERNANDO.



IX

Pasaron Fernando y Elena, pero aun faltaba el rabo por desollar: faltaba que pasase el *Sancho*, y aquí comenzaron los trabajos. Es el caso, que la lana de este caballero se enredaba en los espinos; no parece sino que lo hacia de intento. Fernando juzgó piadosamente que el *Sancho* no era muy amigo

de viajes. En esto, los pajarillos transeuntes se quedaban con tanto pico abierto mirando á nuestros atrevidos descubridores; y los polluelos preguntaban con infantil curiosidad á sus padres: «Papá, ¿qué están haciendo ahí esos niños? ¿Por ventura querrán fabricar su nido allí?»



X

¡Looado sea Dios! ¡pasaron ya los tres! Enderezáronse Fernando y Elena, y echaron en torno suyo una investigadora mirada para orientarse. Tenían al frente el mundo entero, representado por una milpa en barbecho.—«¡Qué grande es el mundo!» dijo Elena.—«Aquí tienes nada menos que el

desierto, dijo Fernando entusiasmado; lo primero que vamos á hacer es atravesarlo.»—«¿Y cuántos meses necesitaremos para ello?» preguntó Elena.—«Ya veremos: ¡adelante!» contestó Fernando. Y echaron á andar.

(Continuará.)

LAS MADRES DE FAMILIA.

LA PREDILECCION.

(Concluye.)

Al día siguiente se procedió, en union con el apoderado del ausente, á dar las cuentas de Madama de Montcars: estas subían á cuatrocientos ochenta mil francos, lo que formaba un dividendo para cada uno de los tres, de ciento y sesenta mil francos. Carlos y Julio sabían bien el uso que su madre habia hecho de los intereses de aquel capital; tampoco igno- raban que era imposible que su madre se redujera á una suma de tres mil francos de renta por supuesto con- siderable para ella. Pero ella habia á su hermanita legítima hasta los intereses de los francos, que re- servaba para sí. Julio contra- rios, no ventu- ralmente y particular y puso en Montcars no quis

le habia dejado generosamente su me- dia parte de los bienes que habia sin tener ningunos bienes propios. Ella que habia hecho un uso de la fortuna que habia heredado de su nor edad de veintidós años de falta. Pero siempre se acuerda

madre, bajaba su cerviz humillada, y reclamaba, no el perdon de sus yerros, pues se confesaba demasiado culpable, sino la compasion que no se puede rehusar al desgraciado; aquel pedazo de pan que no se puede negar al indigente..... Esta carta renovó la herida de Madama de Montcars, que apenas se habia cicatrizado: al principio guardó secreto con sus dos hijos, y se apresuró á remitir al desgraciado que habia querido tanto, los primeros socorros que necesitaba; pero estos fueron proporcionados á sus cortos medios. Hubiera mirado como una profanacion el pedir algun socorro á sus hijos mayores para aliviar la suerte del que los habia privado de una parte de su legítima, y el cofrecito que le habian devuelto por su finura no estaba en su poder ya, pues habia creído que no podia hacer mejor uso de él que repartiendo los diamantes entre las dos jóvenes esposas de sus hijos, que se mostraban tan dignas de su eleccion; y así recurrió á algunas alhajas que le quedaban aún para ayudar á Eduardo á que se procurase en Burdeos un empleo que pudiese producirle una honrada subsistencia; pero él apenas sabia escribir correctamente, no tenia ninguna idea del comercio ni de las leyes, ni la menor instruccion; la pintura la habia abandonado, y la música, que apenas ejercitaba, no podian ofrecerle recursos suficientes. ¡Oh cuánto tuvo que sufrir, y qué males tan crueles hizo padecer á su madre! El mas terrible de todos fué la necesidad de implorar la conmiseracion

de Carlos. Ellos aseguraron á es- te que habia de darle una pension alimen- taria, pero no deshonrase el

que eran dichosos, estaban opulentos, y gozaban de una gran consideracion: vivió en el celibato, no tuvo ningun trato de gentes, ninguna afinidad, fué en el mundo lo mismo que un árbol del bosque, que está en los bellos dias de la primavera despojado de ramas y de hojas. Turbó el reposo de su madre, llenó su vida de amarguras, y de tristeza su vejez; y cada vez que Madama de Montcars fijaba en él aquellas miradas maternales, en otro tiempo tan alegres y cariñosas, parecia que le decía: «Hé aquí adónde nos ha conducido á los dos, mi ciego cariño y mi culpable predileccion.»

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO II.

DEL ASEO.

ARTICULO II.

Del aseo en nuestra persona.

(Continúa.)

X

Al acto de levantarnos, debemos hacer gárgaras, lavarnos la boca y limpiar escrupulosamente nuestra dentadura, interior y esteriormente. Los cuidados que empleemos en el aseo de la boca, jamas serán excesivos. Pero guardémonos de introducir el cepillo en el vaso, de arrojar en la aljofaina el agua que tenemos en la boca, y de cometer ninguna de las demas faltas de aseo en que incurren las personas de descuidada educacion al ejecutar estas operaciones.

XI

Despues que nos levantemos de la mesa, y siempre que hayamos comido algo, limpiemos escrupulosamente nuestra dentadura; pero no pongamos la boca delante de los estraños, ni comamos si no está recibido entre

XVI

Los que fuman cigarrillo, deben procurar impedir que sus dedos tomen esa mancha de un feísimo amarillo subido que va formando el humo, la cual no solo dá á las manos un mal aspecto, sino un olor verdaderamente insoportable.

XVII

Las uñas deben recortarse cada vez que su crecimiento llegue al punto de oponerse al aseo; y en tanto que no se recorten, examínense á menudo, para limpiarse en el momento en que hayan perdido su natural blancura. Suele usarse el dejarlas crecer demasiado, bien que conservándolas siempre aseadas; pero no encontramos á esto ningun objeto útil, ni menos agradable, y creemos por lo tanto injustificable, la pérdida del tiempo que bajo esta costumbre se necesita emplear, para prevenir constantemente el desaseo.

XVIII

Otros, por el contrario, se recortan las uñas con tal exceso, que llegan á lastimar la parte en que se encuentran fuertemente adheridas á los dedos. Esta costumbre, que en nada contribuye al aseo ni á la comodidad, no dá otro resultado, que el ir disminuyendo la estension natural de la uña, hasta dejar el dedo imperfecto y con una desagradable apariencia.

XIX

Algunas personas suelen contraer el hábito de recortarse las uñas con los dientes, hasta el punto de hacerlo maquinalmente aun en medio de la sociedad. A mas de producir esto el mismo mal indicado en el párrafo anterior, envuelve una grave falta de aseo, por cuanto así se impregnan los dedos de la humedad de la boca, con la cual el hombre verdaderamente fino y delicado no pone jamas en contacto otros cuerpos, que aquellos que sirven á satisfacer las necesidades de la vida.

XX

Es, segun esto, contrario al aseo y á la buena educacion, el humedecerse los dedos en la boca para facilitar la vuelta de las fojas de un libro, la separacion de varios papeles, ó la distribucion de los naipes.

XXI

Es igualmente contrario á la conducta de algun muchacho, que al ver una ligera mancha en su camisa, se apresura á emplear el dedo para limpiarla. ¿Qué inconveniente puede haber en que han de limpiarlos con un paño?

dres muy ricos. Todos los años iban con ella á una hermosa casa de campo. Allí Luisita se paseaba desde la mañana hasta la noche en un gran jardin, donde iba á almorzar y á merendar. Un dia un pobrecito del pueblo se acercó á la reja y le pidió un pedazo de pan. Luisita partió gustosamente con él su almuerzo. El dia siguiente el muchacho volvió á la misma hora: Luisita le dió, como el dia anterior, la mitad de su pan y de sus frutas. El muchacho, encontrando una niña de tan buen corazon, ni un dia dejó de venir á tomar su parte del almuerzo de Luisita, quien por este motivo no comia mucho; pero la niña estaba tan contenta de hacer limosna á este pobre niño, que sufrió el hambre mas de un mes sin quejarse.

Con todo, se la veia enflaquecer muy sensiblemente: su estado comenzaba á escitar alguna inquietud, cuando la casualidad descubrió el motivo: alguien vió á Luisita que conversaba con su protegido, y partia con él su pan y sus cerezas.

Sin duda era algo estraño ver una niña, muy bien aderezada, privarse de comer para dar limosna á un aldeano sucio y asqueroso.

Los padres de Luisita la dejaron continuar esa buena accion; pero tuvieron cuidado, bajo varios pretextos, de hacerla comer con mas frecuencia.

Un dia Luisita recibió por recompensa un peso duro enteramente nuevo. ¡Qué tesoro! le vuelve, le revuelve, ¡qué pieza mas hermosa! ¡qué contento tener algunas! pues bien, ella será dócil, su madre la recompensará, y de este modo llegará á tener un bolsillo bien provisto de piezas nuevas. Ese proyecto la lisonjeaba. De un golpe le viene á la memoria su pobrecito; ¡está tan mal vestido! nada; con este dinero, cuyo valor ella ignora, cree poderle vestir de piés á cabeza. Esta emocion de alegría no pasó por alto á su madre que la estaba observando mientras revolvia la pieza entre sus dedos. Entretanto Luisita reflexionó que ella no podia dar su dinero sin el permiso de su madre. ¡Pues bien! se le pedirá, le dirá desde cuándo conoce al pobrecito, y de qué modo ella le ha hablado.

Dos dias despues era su fiesta. Su madre le dió una hermosa cajita llena de dulces, entre los cuales se hallaba un dobloncito. Luisita fué sorprendida y encantada. ¡Un dobloncito, qué cantidad! ¿Qué es lo que hará de él? Le han dicho que era para comprar juguetes; pero no los necesita, porque mas bien juega con una muñeca vieja que con una nueva, la que teme echar á perder. Su pobre niño le vuelve á la memoria; es ahora que va á comprarle un vestido.

Luisita se decide, pues, á hablar de ello á su madre. Despues de haber tentado varias veces, tomó en fin la resolucion, y le contó de qué modo el aldeanito le habia pedido pan: hizo un retrato patético de su miseria, pero sin decir nada de lo que hasta entonces habia hecho por él. Esta discrecion era muy notable en una niña de tan poca edad. Luisita dió fin pidiendo á su madre el permiso de ir al pobrecito con su moneda de oro.

Como su madre le habia dado ese dinero para el pobrecito, convino en ello muy fácilmente. Entretanto el muchacho, le vistieron de piés á cabeza, que era lindo á las mil maravillas. La accion queda sin recompensa. El muchacho, al ver que se le habia quitado de una parte de su almuerzo, se quejó: sus padres tuvieron á bien darle un dobloncito. Este mismo dia, á las tres de su silla con un vestido nuevo, un paño, un tegido, vestido galante, le sirvió un plato; quedó admirada y reconocida á esa hora por sus padres.— Luisita le dió su madre, un dobloncito á un mis-

En la casa, Luisita se dio cuenta de su edad. En la casa habia muchas hermosas cosas, muchos beneficios en el mundo, y de los pobres que se habian salvado.